

PRESENTACIÓN

Moisés Pérez Marcos

Universidad Católica de Valencia

La reflexión sobre las relaciones entre ciencia y religión es al menos tan antigua como la existencia diferenciada de esas dos realidades. Allí donde se ha separado, aunque sea mínimamente, un ámbito de lo “religioso” de un ámbito de lo “científico”, se ha reflexionado sobre las diferencias, parecidos, encuentros o encontronazos de ambas realidades. Es evidente que a lo largo de la historia lo “religioso” y lo “científico” han adquirido diferentes significados y connotaciones. Como las fronteras entre los países, lo que cae del lado de la religión y lo que cae del lado de la ciencia ha ido cambiando con el tiempo. Pero eso no impide que podamos encontrar reflexiones sobre sus relaciones desde los comienzos del pensamiento hasta nuestros días. La disciplina académica que se dedica a estudiar la relación entre ciencia y religión es, sin embargo, relativamente reciente. Lo habitual es situar el comienzo de esta en la década de los 60 del siglo XX. Algunos afinan más incluso, diciendo que la disciplina habría nacido en el año 1966, momento en el que aparecen el libro de Ian Barbour titulado *Issues in Science and Religion* y la publicación periódica *Zygon: Journal of Religion and Science*. Desde entonces hasta hoy las revistas especializadas, las cátedras, los centros de investigación, las asociaciones, los manuales y las obras de referencia dedicadas al tema, así como el resto de las publicaciones, no han hecho sino multiplicarse¹.

Ciencia y religión son, en el mundo contemporáneo, dos fuerzas culturales de primer orden. Quizá el caso de la ciencia es el más obvio. No hay aspecto de nuestra vida que, de un modo u otro, no se haya visto modificado por la ciencia o sus aplicaciones. El ordenador con el que escribo, las gafas que ayudan a corregir mi miopía, el polímero con el que me visto, la pintura que cubre la pared de mi despacho, la luz de la bombilla con la que me ilumino, la pastilla que mantiene mi dolor de cabeza a raya, el satélite que me permite

¹ Un breve compendio de revistas, cátedras, centros de investigación, asociaciones y, por supuesto, indicaciones sobre las obras ya clásicas o de referencia puede verse en Claudia E. VANNEY e Ignacio SILVA, “Ciencia y religión”, en *Diccionario Interdisciplinar Austral*, editado por Claudia E. Vanney, Ignacio Silva y Juan F. Franck. http://dia.austral.edu.ar/Ciencia_y_religión.

llamar a mis amigos por teléfono... Si pensamos en nuestra vida cotidiana difícilmente encontraremos algo que escape a la influencia, directa o indirecta, de la ciencia. Lo mismo ocurre con nuestra mentalidad. Vivimos en una época en la que la ciencia ha marcado y moldeado nuestra visión del mundo, que está condicionada no solo por los descubrimientos y avances de la ciencia (es claramente el mejor medio para conocer la naturaleza del que disponemos), sino también por la idea de que la ciencia, por decirlo de alguna manera, merece un aprecio especial o diferenciado, quizá más elevado desde el punto de vista cognitivo, que el resto de las empresas racionales (nótese que esto ya no es una afirmación estrictamente científica).

Que la religión es un factor clave de nuestro mundo es también evidente, aunque quizá a causa de las teorías clásicas de la secularización, merezca una breve explicación desde el punto de vista teórico. Muchos han defendido lo que Charles Taylor ha denominado "historias de la sustracción", que afirman que a medida que la ciencia avanza en el mundo la religión irá poco a poco desapareciendo. Es evidente que en estas teorías funciona el supuesto, más o menos implícito, de que la religión y la ciencia son incompatibles o, por decirlo con una metáfora biológica, compiten por el mismo nicho ecológico. Hoy en día tenemos una mejor comprensión del complejo fenómeno de la secularización, que no tiene tanto que ver con el hecho de que la religión dé un paso atrás o se reduzca el número de personas que se confiesan creyentes (cosa que tampoco se excluye), sino con el hecho de que la religión se vive de otra manera. Pero a estas alturas de la historia debería estar claro que tanto las teorías del conflicto como las teorías clásicas de la secularización se han mostrado falsas, por más que algunos sigan empeñados en defenderlas: no hay un conflicto necesario entre ciencia y religión, ni desde el punto de vista histórico ni desde el punto de vista lógico; la religión no ha desaparecido del panorama mundial y, en los ámbitos en los que se puede decir que ha remitido o ha desaparecido, no lo ha hecho a causa de la ciencia. Naturalmente, estas afirmaciones necesitarían una justificación en la que no me puedo detener ahora (algunos de los artículos contenidos en este número clarifican algo el asunto). Lo que me interesa ahora es, sencillamente, poner de manifiesto que la religión sigue siendo en pleno siglo XXI, uno de los factores más importantes a la hora de considerar la vida de las personas y las sociedades, y nada hace pensar que vaya a dejar de serlo.

Si ciencia y religión son, por decirlo con una metáfora culinaria, dos ingredientes básicos de nuestro mundo, no es extraño que surja una disciplina que intente comprender cómo se combinan o cómo interactúan a los distintos niveles en los que lo hacen. Pensar las relaciones entre ciencia y religión supone, obviamente, pensar que son diferentes. Pero no tiene por qué suponer la afirmación de que son empresas totalmente paralelas o que no tienen nada que ver la una con la otra. Aunque diferentes, desde perspectivas diversas

y a niveles distintos, ciencia y religión a veces coinciden, pues en muchos casos se preguntan por la misma realidad, que tratan de iluminar o entender. En estos casos, es crucial comprender cuál es el modo en el que cada una de ellas se aproxima a la realidad, y cómo sus planteamientos son compatibles, contradictorios o complementarios, en caso de que sean alguna de estas cosas.

Los artículos que componen este número especial de la revista *Estudios Filosóficos* están dedicados, de uno u otro modo, a las relaciones entre ciencia y religión. Se trata de un grupo de trabajos que no pretende abordar con exhaustividad el campo. ¡Ni siquiera los grandes *companions* de cientos de páginas lo hacen! Se trata, sin embargo, de una aportación nada despreciable que, en primer lugar, se ofrece en español y, en segundo lugar, pretende ser representativa de algunos grupos de investigación que se dedican a estos menesteres. Los estudios sobre ciencia y religión se han extendido, sobre todo, en los países anglosajones, por lo que están clara y mayoritariamente redactados y publicados en inglés. Convencidos de la importancia del idioma español para la difusión del conocimiento, hemos querido ofrecer un pequeño elenco de estudios en esta lengua, pues cada vez son más las personas e instituciones dedicados al estudio de estos temas que utilizan la lengua de Cervantes.

La universidad de Comillas, junto con la Editorial Sal Terrae, ha iniciado la colección “Ciencia y Religión”, en la que han ido apareciendo, entre otros, traducciones de algunos libros de referencia en la disciplina. En esta misma universidad existe la *Cátedra Hana y Francisco José Ayala de Ciencia, Tecnología y Religión*, a la que está vinculada Camino Cañón, una de las colaboradoras en este número. El Instituto de Filosofía de la Universidad Austral de Buenos Aires (Argentina), puso en marcha, en 2014, el magnífico proyecto del *Diccionario Interdisciplinar Austral*, editado por Claudia Vanney, Ignacio Silva y Juan F. Frank. Ignacio Silva es colaborador en este número y, al igual que Claudia Vanney, está en relación con el *Ian Ramsey Centre for Science and Religion* de la Universidad de Oxford. Desde el año 2002, existe en la Universidad de Navarra el *Grupo Ciencia, Razón y Fe* (CRYF), fundado por Mariano Artigas, al que pertenecen Javier Sánchez-Cañizares y Rubén Herce, cada uno de los cuales ha redactado un texto para este número especial. En la Universidad de Valladolid, desde 2006, existe el *Grupo de Investigación Ciencia y Arte en Filosofía*, creado por Javier de Lorenzo, que siguiendo la filosofía de su fundador siempre ha mantenido un “sano desprecio” por las distinciones disciplinares y que, entre otros asuntos, ha explorado también las relaciones entre ciencia y religión. Alfredo Marcos, Sixto J. Castro y el que escribe, todos colaboradores en este número, pertenecen a dicho grupo. En 2007 la universidad de Sevilla y la Universidad de Málaga crearon el *Seminario Internacional Permanente Naturaleza y Libertad*, que en numerosas ocasiones ha abordado las relaciones entre la ciencia y la religión. Prueba de ello es la reciente aparición de los cuatro volúmenes, dirigidos por Juan Arana, sobre las cosmovisiones de los grandes

científicos a lo largo de la historia, en los que uno de los temas que más aparece es el de las relaciones ciencia-religión². Juan Arana, Francisco José Soler y, de nuevo, el que escribe, que han colaborado en este número, son miembros de ese seminario permanente que, por cierto, tiene su órgano de expresión en la revista *Naturaleza y Libertad*, en la que también han aparecido diferentes trabajos sobre la temática ciencia-religión.

Dejando el ámbito hispanohablante, la Universidad Pontificia santo Tomás de Aquino (Angelicum) de Roma posee un *Thomistic Institute* dedicado, entre otros asuntos, al diálogo entre la filosofía-teología tomista con las ciencias contemporáneas. A él pertenece Mariusz Tabaczek, que lidera en dicha institución el “Project for Science and Religion”, dedicado expresamente al diálogo ciencia-religión. Contamos, también, con un artículo suyo. Tabaczek realizó su tesis doctoral en Berkeley (California), en la *Graduate Theological Union*, donde, durante décadas, se ha estudiado también el tema que nos concierne. Uno de sus cultivadores más notables es Michael J. Dodds, del que también tenemos la suerte de ofrecer un artículo en el presente número de *Estudios Filosóficos*.

No están todos los que son. Obviamente, existen otros grupos y otras personas que, en lengua castellana, se dedican a las relaciones ciencia-religión. Algunos ejemplos son: el *Centro de Ciencia & Fe* de Madrid (que ha traducido mucho del material del Faraday Institute de Cambridge), la *Fundación diálogo entre Ciencia y Religión* en Argentina (que organiza congresos internacionales y publica *Quaerentibus*), el *Centro de Estudios en Ciencia y Religión* de Puebla, en México, o el *Centro de Estudios Teológicos y de las Religiones* de Bogotá, Colombia. Pero, aunque no estén todos, sí son todos los que están: los artículos que ofrecemos en el presente volumen dan cumplida y buena muestra de la calidad de estos estudios y, como decía, pretenden ser representativos de lo que se hace en algunos de los grupos mencionados.

El primero de los capítulos, redactado por Sixto J. Castro, de la Universidad de Valladolid, aborda la que es, quizá, la cuestión más general: ¿posee la religión una racionalidad? Saber si la religión o la fe poseen una cierta razón (aunque sea una usada en un modo diferente al de las ciencias) y si pretenden, por lo tanto, haber alcanzado cierta verdad sobre los hechos del mundo, es una cuestión fundamental. En efecto, si la religión no es racional ni aspira a verdad alguna difícilmente podrá chocar con la ciencia, pero, lo que es aún peor, difícilmente podrá decirse que sea relevante para la vida de las personas, salvo como una especie de ensoñación o ilusión. Castro defiende, en contra del imperialismo cognitivo del científicismo, que hay racionalidad en

² Juan ARANA (ed.), *La cosmovisión de los grandes científicos del siglo XX*, Madrid, Tecnos, 2020; *La cosmovisión de los grandes científicos del siglo XIX*, Madrid, Tecnos, 2021; *La cosmovisión de los grandes científicos de la Ilustración*, Madrid, Tecnos, 2022; *La cosmovisión de los grandes creadores de la ciencia moderna*, Madrid, Tecnos, 2023.

la fe, y que esta posee una dimensión cognitiva que no puede, como pretende la corriente dominante, ser descartada a priori.

Alfredo Marcos, también de la Universidad de Valladolid, se plantea la cuestión, también general, de las relaciones entre la ciencia y la religión, y ofrece un modelo complejo multidimensional para reflexionar sobre la misma. El problema de algunas perspectivas, como la del naturalista radical, es que no respetan esa complejidad o multidimensionalidad, haciendo una lectura equivocada del fenómeno de la interacción entre ciencia y religión. Marcos defiende que el naturalismo cientificista es en realidad una tesis teológica, que busca por encima de todo la negación de la existencia de Dios. No obstante, según su perspectiva, el teísmo no puede ser descartado: más bien al contrario, parece ser un marco teórico que explica bien la complejidad de la que venimos hablando (que permitiría, incluso, hacer algunas predicciones).

Javier Sánchez-Cañizares, de la Universidad de Navarra, centra su aportación en el concepto de causalidad y en cómo las imágenes utilizadas para hablar de la causalidad, tanto del lado de la ciencia como del lado de la religión, están necesitadas de un replanteamiento o una “purificación”. Sánchez-Cañizares explora el asunto de las representaciones en los ámbitos de la teoría del Big bang y la doctrina de la creación, el origen del ser humano y la creación del alma, y la subsistencia del alma tras la muerte y su “subida” al cielo. Entender la causalidad es, en efecto, un desafío para el científico, que necesita servirse de imágenes, conceptos o representaciones adecuadas. Pero no lo es menos para el teólogo o el creyente, si acaso lo es más, pues necesita también una forma de hablar que permita expresar adecuadamente (o lo más adecuadamente posible) lo que la fe dice sobre la realidad. Sin este esfuerzo por depurar o purificar las imágenes, el diálogo ciencia-fe estará desde el comienzo lastrado, si no condenado al fracaso.

Francisco José Soler Gil, de la Universidad de Sevilla, explora la imagen de la naturaleza como libro escrito en lenguaje matemático, idea que se encuentra en la historia mucho antes de la Modernidad, pero que en este momento sirvió de motivación y acicate para el desarrollo de lo que hoy conocemos como ciencia. Puede decirse que su colaboración es un ahondamiento en la comprensión de las raíces cristianas de la ciencia, pues esta imagen tiene una clara resonancia teológica. Pero también está claro que el contexto teológico no es el contexto actual de la práctica científica. Soler amplía la imagen del libro de la naturaleza para convertir esta no en un libro sino en toda una biblioteca, la Biblioteca de Babel del cuento borgiano. Esta sería la imagen que mejor se correspondería, por ejemplo, con la hipótesis del multiverso. Quizá la realidad esté compuesta por muchos universos paralelos, pero lo que está claro es que nosotros vivimos en uno, y que desde el punto de vista físico resulta ser uno muy especial. Y a diferencia de lo que ocurre con los otros universos o los otros libros de la Biblioteca, que o no poseen sentido alguno o

sencillamente no pueden ser leídos, nosotros podemos conocer algo del nuestro. Y la pregunta entonces es: ¿hay en ese libro, en su estilo, en el modo como está escrito, algo así como una huella de su autor, algo que sugiera o apunte a quien lo escribió? Soler defiende que sí.

Con Juan Arana, de la Real Academia de las Ciencias Morales y Políticas, pasamos de los temas más generales a un asunto más concreto. Muchas veces se ha hablado de cómo la ciencia surgió, en la Modernidad, gracias a un contexto creyente y, para ser más precisos, cristiano. Es algo que hay que entender en un sentido adecuado, pero en general se puede afirmar que, de hecho, el ambiente cultural que propició el nacimiento de la ciencia era cristiano. Y se puede decir también de algunos (por no decir todos) de sus “padres fundadores”. Para muestra un botón: Isaac Newton, uno de los máximos exponentes de la ciencia (de su época, pero puede que incluso de todos los tiempos), nunca ocultó sus motivaciones religiosas en la elaboración de su filosofía natural. El texto de Arana nos aproxima a un aspecto de la personalidad de Newton que es quizá menos conocido por el gran público, pero que ayuda a comprender que las fronteras entre lo teológico y lo científico eran, entonces, distintas a las nuestras.

Ignacio Silva, de la Universidad Austral, examina en su contribución la historia en busca de las constantes o, como él los llama, desiderata, que se han dado en las discusiones sobre la acción divina en el mundo. De una forma u otra, los pensadores siempre han intentado elaborar modelos en los que se invocaba la omnipotencia de Dios, su participación en el funcionamiento de la naturaleza, la autonomía que dicha naturaleza posee en su funcionamiento y, en último lugar, el éxito de la razón natural o la ciencia a la hora de conocer el mundo. Estos cuatro ingredientes del problema son constantes a lo largo de la discusión, desde las propuestas árabes y cristianas medievales, pasando por las de la modernidad hasta las discusiones contemporáneas (íntimamente relacionadas con el asunto del presunto determinismo de la física clásica frente al presunto indeterminismo de la mecánica cuántica). Silva, inspirándose en el pensamiento de santo Tomás, defiende una comprensión en la que estos cuatro ingredientes aparezcan juntos, y no se presenten como incompatibles o se prescindan de unos en nombre de otros.

Michael J. Dodds, de la Dominican School of Philosophy and Theology (Berkeley, California), se sirve también del pensamiento de Tomás de Aquino para intentar mostrar su fecundidad a la hora de comprender la acción divina. Según Dodds, la ciencia contemporánea ha obrado una recuperación de una noción de causalidad más amplia que la causalidad eficiente y material a la que habría quedado reducida la ciencia desde la Modernidad. Esta circunstancia abre la puerta a rescatar una noción de causalidad analógica, tal y como encontramos en la obra del Aquinate, y puede abrir la puerta a elaborar nuevos conceptos, inspirados por esas nuevas formas de causalidad que encontramos en la ciencia, con los que hablar de la acción de Dios en el mundo. El artículo de Dodds, que por primera vez ve la luz en nuestra lengua, es una buena introducción a su

obra *Unlocking Divine Action: Contemporary Science and Thomas Aquinas* (2012), en la que desarrolla de manera más extensa estas ideas.

También aparece, por primera vez en castellano, el trabajo de Mariusz Tabaczek, de la Universidad Pontificia santo Tomás de Aquino (Angelicum) en Roma. Su texto aborda la relación entre algunas teorías cosmológicas contemporáneas y la doctrina de la creación. Tabaczek cree que, en contra de lo que sugieren defensores de los modelos de origen del universo a partir del vacío cuántico o de la emergencia espontánea del universo, propiamente hablando estos no serían modelos que pudiesen oponerse o sustituir la doctrina de la creación del universo por Dios. La razón fundamental reside en el hecho de que ninguno de estos modelos explica el surgimiento del universo a partir de la nada, pues tanto el estado de vacío cuántico como el surgimiento espontáneo del universo a partir de una singularidad inicial son modelos físicos que parten de la existencia de algo (el vacío cuántico o la singularidad inicial). Es decir, la “nada” de la que parten esos modelos no es una “nada absoluta”, como sí ocurre en el caso de la creación *ex nihilo*. Tabaczek se sirve con destreza de conceptos aristotélicos y tomistas para clarificar conceptualmente el significado de las teorías cosmológicas y el de la doctrina de la creación. Aclaradas ambas, no es difícil darse cuenta de por qué cosmología y religión no están diciendo cosas incompatibles, sino sencillamente diferentes: aquellas son una explicación de un determinado momento del universo existente, esta es una afirmación sobre el origen de la existencia del universo en sí mismo.

Camino Cañón, de la Universidad Pontificia de Comillas (Madrid), afronta la tarea, nada sencilla, de explorar la relación entre Dios y las matemáticas. ¿Hay en el pensamiento o el quehacer matemático elementos en los que apoyarse para dar un paso hacia la trascendencia e incluso hacia la afirmación de la existencia de Dios? Cañón opta, definitivamente, por el sí. La tensión entre descubrimiento y creación típica de la matemática, la belleza y armonía de eso descubierto, la asombrosa precisión de la matemática para describir y poner de manifiesto la elegancia y belleza del mundo natural, el infinito o, por decirlo con famosa expresión, el paraíso de Cantor del que nadie nos podrá librar... Estos y muchos otros son puntos de apoyo en los que la razón humana y la experiencia personal del matemático, en este caso la de Cañón, se apoyan, no para demostrar, sino para mostrar que, efectivamente, en el quehacer matemático hay asideros para elevarse hacia lo trascendente.

Rubén Herce, de la Universidad de Navarra, lleva las relaciones entre ciencia y religión al terreno de lo antropológico. Tras un análisis de la noción de progreso, en el que se muestra cómo este era un concepto de raigambre cristiana posteriormente secularizado, explica las principales críticas que se han hecho al mismo, provenientes del campo de la ciencia, de la escuela de Frankfurt y del pensamiento de Heidegger. Herce muestra que la noción de progreso necesita, necesariamente, de un trasfondo antropológico desde el

que poder siquiera ser concebido. Sin el punto de referencia de una antropología, ¿a qué llamaríamos progreso? La ciencia, por sí sola, no se basta para decir qué es y qué no es progreso. Y mucho menos una ciencia que pretende oponerse o prescindir de las dimensiones religiosas del ser humano (como ocurre con el cientificismo naturalista). Para saber qué es progresar necesitamos conocer o integrar todas las dimensiones de la persona, la ecológica, biológica y corporal, la social-relacional y la narrativa biográfica. Relacionada con otras esas dimensiones, y con el fin de la vida humana, está la dimensión religiosa, de la que no se puede prescindir si queremos poder hablar de un verdadero progreso. Desde esta perspectiva, ciencia y religión no solo no se oponen, sino que se necesitan mutuamente: si eliminamos la ciencia no podremos avanzar adecuadamente (pues el conocimiento que aporta es crucial para ello), pero sin prescindimos de la religión tendremos una imagen del ser humano sesgada, y, por lo tanto, equivocaremos los fines que hacen posible hablar siquiera de progreso.

El último texto, de Moisés Pérez Marcos, de la Universidad Católica san Vicente Mártir de Valencia, se interna en el proceloso mar del estudio científico de la religión. Uno de los modos en los que los científicos se han intentado aproximar al fenómeno de la religión es estudiándolo, y uno de esos estudios es el que realiza la ciencia cognitiva de la religión. Pérez Marcos presenta las ideas principales de los más importantes autores de este planteamiento sobre la religión y ofrece, al mismo tiempo, algunas críticas al mismo. Valorando positivamente el intento de la ciencia cognitiva de la religión, no valora sin embargo tan positivamente el resultado, por depender, fundamentalmente, de una perspectiva excesivamente reduccionista, a veces biologicista y casi siempre computacional, aspectos que conducen a una visión de lo religioso que raya, en demasiadas ocasiones, en planteamientos excesivamente simplistas. Sea como fuere, parece claro que otra de las maneras en las que ciencia y religión se relacionan es cuando esta se convierte en objeto de aquella. Pero también en este caso hace falta un diálogo fructífero para que no ocurra que, al final, los que hacen de científicos estén estudiando algo con lo que los que hacen de creyentes no se reconocen, o sea, para que en el intento inevitable de operacionalizar y simplificar su objeto de estudio no lo desvirtúen tanto que lo convierten en un muñeco de trapo o una caricatura grotesca de la realidad.

En definitiva, los trabajos presentados pueden ser buena muestra de lo complejos y al mismo tiempo interesantes territorios en los que la ciencia y la religión se encuentran. Las fronteras siempre son lugares interesantes, porque desde ellas podemos mirar a lo que está más allá de lo que habitualmente transitamos. Es cierto que a veces en ellas se generan tensiones o conflictos, pero la mayor parte de las veces, con las disposiciones adecuadas, puede tratarse de tensiones productivas, o conflictos que se resuelven con una ganancia por ambas partes. El diálogo ciencia-religión no es fácil, porque implica una

gran dosis de interdisciplinariedad e incluso transdisciplinariedad. Los *currícula* de nuestras instituciones académicas, así como las agencias y los agentes encargados de la custodia de su “cientificidad”, fomentan, por lo general, todo lo contrario: se penaliza al que tiene una mirada amplia, o al que no se centra en una de las subsecciones institucionalmente reconocidas dentro de esa partición más o menos arbitraria de los saberes, que, me atrevería a decir, ha sido tan necesaria como contraproducente.

Otra de las dificultades, no menor, para el diálogo ciencia-fe, es que este tipo de investigaciones necesitan el ejercicio de cierta actitud o, si se prefiere, del compromiso con cierta virtud. En primer lugar, porque supone el reconocimiento de los límites propios. Tanto la ciencia como la religión se equivocan cuando se erigen a sí mismas en absolutas. Esta *hybris*, que dirían los griegos, debe ser sustituida por una mirada realista y pegada a tierra sobre los límites propios de cada empresa. Más allá del naturalismo cientificista es justo reconocer que la ciencia no alcanza a determinados hechos que, por su opción metodológica legítima de base, le están vedados. Más allá del fundamentalismo religioso es justo reconocer que las religiones no tienen la respuesta para todo, y que el avance de la ciencia ha supuesto, sin duda, una mejora para la humanidad. Ambas pierden la compostura y el equilibrio cuando pretenden lo que no les corresponde, no por intentar con todas las fuerzas y hasta donde sea posible lo que cabe conseguir dentro del ámbito propio (ambición admirable que ojalá caracterizase todas las empresas), sino por negar la existencia de los propios límites y, con ellos, la existencia de lo otro. La ciencia puede aportar conocimientos tremendamente valiosos y útiles sobre el ser humano y su felicidad, pero es incapaz, por sí sola, de determinar, por ejemplo, cuándo estamos ante una persona caracterizada por su dignidad. Que la religión pretendiese olvidarse de la razón y, de manera más concreta, de la ciencia, conduciría, como ya decía san Agustín, a que los creyentes fuesen el hazmerreír de los que no lo son, pero además, y quizá es mucho peor, conduciría a una religión ciega, incapaz en última instancia de reconocer en las circunstancias reales cuál es el bien que se debe elegir (por poner un ejemplo trivial, la religión puede insistir normativamente en que dar de comer al hambriento es hacerle un bien, pero la ciencia puede enseñar que hacer esto justo después de una operación de estómago es contraproducente). Quizá uno de los nombres que mejor correspondan a esta virtud del conocimiento de los propios límites sea el de humildad. Solo desde ella será posible un diálogo fecundo entre ciencia y religión.

Moisés Pérez Marcos
Universidad Católica de Valencia
C/ La Sénia, 10
46001 Valencia (España)
moises.perez@ucv.es